

ventura sin papel ni averiguación de ello, con que los delinquentes se animan y los jueces se acobardan y para que V.^a S.^a I.^a entienda de cuanto daño es esto, certifico á nuestro Señor que con tener hartos Franceses condenados á muerte y aun injustamente vivos, que no lo estuvieran si esta razón no militara, no oso mandarles poner un par de grillos por que luego ha de ir con dos pares de quejas y así están tan arrogantes y animados que la prisión y sentencia de muerte no los acobarda para perseverar en su tan acostumbrado delito de sacar moneda con que han destruido estos Reinos. Yo tengo presos á los más principales delinquentes y todos tienen fiadores de juzgado y sentenciado y temo que salido de aquí los han de soltar, como hicieron los que dejó Bolibar».

SERAPIO MÚGICA.

LA HERMANA DE LA CARIDAD

La hermana de la Caridad es hija de este siglo. Procedente, no de las clases desheredadas del pueblo, sino de todas las clases, y con frecuencia de las más dichosas, es una compensación viva de los desórdenes morales de la vida.

Cuando se ensancha la inmoralidad, con la avaricia de los deseos y la dureza de los corazones, es altamente consolador ver brotar en el seno de la especie humana una fuente de ternura que ablanda todas las durezas y contrarresta todas las avaricias.

La virtud sale á la calle con hábito obscuro, mirada humilde, ademán modesto y como indiferente á cuanto le rodea, aunque en el fondo lleva la única intención de descubrir desdichas que socorrer, ó lágrimas que enjugar. Poseída de fe ardiente, sin cuyo concurso las llanuras aparecen montañas, á ella las montañas le parecen llanuras.

Ha dejado á la puerta del convento donde habita, su estado civil, el apellido de sus padres, la propiedad de sus bienes, las dotes de su cuer-

po y la independencia de su espíritu. Donde el hombre se detiene y vacila, esa noble mujer avanza con modesto denuedo, sin ostentar el arrojo del combatiente ni querer reproducir la sonrisa del mártir.

Sola y por su espontánea virtud, sin presupuesto ni bienes de fortuna, sin que turben su espíritu la meditacion de los filósofos ni la discusión de los legisladores, ha creado una sociedad, un gobierno, un tesoro y una milicia para las almas, cuyo establecimiento admira y cuyo ejercicio asombra.

Ya en la Inclusa no llora el niño sin que encuentre afectuosas caricias que lo acallen, ni en el Hospicio se entristece el muchacho sin que haya palabras consoladoras que lo animen, ni en el Hospital clama el enfermo sin obtener dulce compensación á sus quejas, ni en el Asilo desfallece el anciano sin que una buena hija, nieta más bien, cuide de sus achaques y le tolere amorosa sus extravagancias.

Durante las calamidades públicas, los ánimos esforzados que acuden á remediarlas, conquistan la admiración de la multitud y se hacen héroes; pero cuando se trata de la Hermana de la Caridad, esa multitud tiene el héroe por hecho.

